

LAS PUERTAS DE LA NOCHE

NOVELA

© AMIR VALLE

Editorial Malamba, España, 2001
Colección Narrativa Cubana
212 páginas
ISBN: 84-931670-2-9

Ed. Plaza Mayor, Puerto Rico, 2002
Colección Cultura Cubana
198 páginas
ISBN: 1-56328-202-X

Edition Köln, Alemania, 2005
Colección: Krimi & Co.
180 páginas
ISBN: 3-936791-21-X

(FRAGMENTOS)

La gente podría hablar toda la mierda que quisiera de Eusebio Leal, pero el tipo estaba poniendo lindísima a La Habana Vieja. Que si Eusebio estaba trabajando para cuando se cayera el gobierno la gente lo propusiera como alcalde de La Habana, que si tenía el poder del que no gozaban unos cuantos ministros, que si hacía cosas arbitrarias en contra de la gente para salvar un edificio viejo. Todo eso decían. Pero a Alain el tipo le caía bien. Era dueño de una muela (Camila le llamaba "poder de oratoria") que era capaz de poner a montar a caballo a cualquier viejito esclerótico junto con Maceo, el titán de bronce, para lanzarse a conquistar de nuevo la independencia de Cuba al filo del machete. El tipo se conocía al dedillo hasta el color del pendejo que se le cayó al Marqués de no sé cuantos en la bañera de no sé cuál edificio construido en mas cual año del siglo antepasado. Y lo mejor: le cuadraba cantidad a Alain el proyecto de Eusebio de eliminar todas las cuarterías que habían hecho los negros en las que habían sido tremendas casonas de gente blanca en siglos pasados. Alain había escuchado toda una teoría de un amigo suyo, basada en el instinto de supervivencia que, como buen animal que era, conservaba el negro. La cosa igualaba a las cuarterías de hoy con los palenques que hacían los negros cuando eran esclavos, analizando tres planos: condiciones externas, manifestación del instinto de supervivencia y resultado de esa manifestación. De ese modo, decía su amigo, las condiciones de esclavitud impuestas a los negros por los españoles ponía a funcionar su instinto de conservación animal y eso los obligaba a huir para salvar la especie: así se iban al monte, donde nadie pudiera mandarlos, entrando uno primero y avisando a los otros para que fueran hacia allí y creaban los palenques, donde vivían todos pegaditos y pestositos y revuelticos. En las condiciones actuales, una Habana repleta de personas, como diría Formel y los Van Van en su canción, "que no aguanta más", y ante la necesidad vital de vivir en la capital aprovechando sus facilidades para todo tipo de trabajos (y bisnes, negocios, jugadas sucias, en lo cual se habían especializado por los siglos de los siglos), se ponía a funcionar su instinto de conservación como especie y cuando uno ocupaba una casona que podía dividirse, le avisaba al otro y éste al otro y éste otro al otro y todos se iban a vivir allí, construyendo cuartos y barbacoas y cuarticos y cuartititicos donde vivían todos pegaditos y pestositos y revuelticos. Sería el Gran

Logro de Eusebio Leal: vaciar de aquellos nuevos palenques a La Habana Vieja. Merecería el monumento más grande que hicieran los blancos cubanos a la limpieza de la ciudad.

En todo eso había estado pensando mientras se acercaba al Palacio del Segundo Cabo, una de las muchas y típicas construcciones españolas que rodeaban la conocida y turística Plaza de Armas. Allí trabajaba Justo Marqués, periodista y escritor, como rezaba la tarjeta de presentación que tenía en sus manos. Sudaba. Aún no sabe qué lo hace ponerse nervioso cada vez que va a entrevistarse con alguien, como si lo fueran a poner a prueba y temiera quedar como un idiota. Se las secó en el pantalón y se dijo que menos mal que Camila no andaba por todo aquello: si lo veía hacer "esa cochinidad", como ella la llamaba, todo el día iba a soportar el retintín de su peleadera: "parece que se te olvida muy a menudo, chico" que la que tenía que romperse el lomo frente a la lavadora los fines de semana era ella. Y que ya los tiempos de la esclavitud habían quedado bien atrás en la historia de aquella isleta.

Marqués no estaba, le dijeron en la recepción, y se sentó en un banco de la Plaza de Armas decidido a esperarlo: "Le ronca los cojones que haya venido hasta aquí por gusto", pensó. Un rostro conocido le hizo desviar los ojos del trasero imponente de una de las mulatas que se pavoneaba meneando las caderas al ritmo del grupo musical que ameniza la comida en uno de los restaurantes cercanos. "¿Carlos Embale?", masculla con cierta duda, pero el viejo ha dejado de pedir limosnas a un grupo de italianos que el guía de turismo ha detenido frente al Palacio de los Capitanes Generales y pasa cerca del banco: "sí, el mismísimo Carlos Embale que viste y calza", la voz de sonero que más encantaba a su padre. Un famoso más que, al final de su vida, se veía obligado a pedir limosnas. "Dios mío, hasta dónde hemos llegado".

En otra esquina del parque dos jovencitos miraban pasar a los turistas y, con todo sigilo, le mostraban algo que Alain no puede determinar desde donde está sentado. Un negro fuerte, de largas trenzitas, desanda de un lado al otro tras los grupos de turistas haciéndole caricaturas que enseña hasta que alguno se decide, paga el dólar que vale el dibujo a lápiz y se va tras otros extranjeros. Una vieja gorda, sucia y desgredada, ha parado sobre la calle de adoquines de madera la silla de ruedas donde conduce a un muchacho de unos treinta años sin pies y con un solo brazo. "MUTILADO EN ANGOLA", puede leerse claramente en el cartelito que le ha puesto sobre los muslos a ese que debe ser su hijo y que "tiene una cara de hambre de mil demonios", piensa Alain.

Le resulta molesto. Imagina que siglos antes esta fue zona de paseo de la alta aristocracia habanera, siempre orgullosa como todos los cubanos, y le duele que ese orgullo se haya perdido de tal modo con la miseria que lentamente iba anegando ciertos estratos sociales, aunque algunos pretendieran negarlo. No sabe por qué razón, pero de un fogonazo se le clava en la cabeza la discusión que alguna vez, años atrás, cuando se despenalizó el dólar, tuvieron su madre y su padre. "Son riesgos del socialismo", había dicho el viejo, "repartir entre todos lo poco que tenemos es un ejemplo de humanismo que sólo en una sociedad como ésta puede verse". La respuesta de su madre fue lapidaria. "Eso es lo peor, porque aunque no lo entiendas, cuando lo que se reparte es la miseria no toca a menos, se multiplica".

Un vendedor de maní se detiene ante el banco y le enseña el racimo de cucuruchos. "Bien calientico, señor", dice. Alain niega con un gesto y vuelve a mirar a la vieja de la silla de ruedas. Un policía ha llegado hasta ellos y ordena algo en voz baja, como para que los turistas no lo escuchen. "¿Lo ven?", dice la mujer dirigiéndose al grupo de italianos que recorre la calle de adoquines de madera, dicen que la única de su tipo que todavía se conserva en América. "¿Lo ven?", repite

casi a gritos, descompuesta, "primero me obligan al niño a irse a la guerra, me lo joden, y ahora no quieren que me busque la vida para darle comida. ¿Lo ven?".

El policía parece decirle que tiene que acompañarla. "De aquí no me muevo", grita la mujer, y el de uniforme la empuja suavemente y la aparta de la silla de ruedas que comienza a sacar de la calle, en dirección a una de las avenidas que van a morir en un costado de la Plaza de Armas. Algunos de los turistas han abandonado el grupo y siguen detrás de ellos, con cautela, escuchando la discusión de la vieja y el policía, un sargento. Poco antes de llegar a la bocacalle, una italiana regordeta y de pelo rojo se acerca y le dice algo aparte al oficial. Alain lo ve replicar varias veces, iracundo detrás de esa boina negra que cubre "una cabeza cuadrada de guajiro, quizás de Granma". Apenas minutos después observa que asiente, tal vez bajo la presión de otros del grupo que comienzan a interceder, evidentemente, a favor de la mujer y su hijo inválido.

El grupo de los extranjeros va creciendo alrededor y el policía se va poniendo cada vez más nervioso. Alain adivina en sus gestos que en solo minutos se retirará con el rabo entre las patas y jurando cazarle la pelea a la vieja en un momento en que no hubiera turistas que la vinieran a defender. "Hasta de eso tienen mala fama los cada vez más vistosos agentes del orden público", piensa.

Lo ha visto todo como desde una poltrona alta y no puede dejar de estremecerse. Se siente confuso. Por un lado, la historia de la mujer resulta conmovedora y puede ser cierta: mutilados como aquel había unos cuantos y las medallas que le dieron no eran una tarjeta de crédito que les sirviera para vivir mejor sus nuevas vidas de limitaciones. Podría haber otros que estuvieran bien, pero esa que tenía delante de los ojos: la vieja y su hijo, estaban en un estado tan deplorable de miseria y suciedad y abandono, que no cabía duda de que estaban allí como una forma quizás única de supervivencia. Por otro lado, le hervía la sangre cuando la cruda realidad le ofrecía al extranjero escenas como aquellas, que le parecían denigrantes, humillantes.

Finalmente, como ya había adivinado, el policía tomó la bocacalle y se perdió de vista. Una italiana joven salió de un restaurante y llegó hasta el grupo con dos platos plásticos llenos de comida. La vieja lo agradeció abriendo mucho los ojos y pidió que la ayudaran a subir la silla de ruedas de su hijo hasta el portal del Palacio de los Capitanes Generales. Comenzaron a devorar aquellos alimentos con una voracidad nada fingida. Antes de regresar al grueso del grupo, desde donde la guía de turismo llamaba para seguir el recorrido, un flaco alto que había estado retratándolo todo con su cámara digital, le dio a la vieja un billete que debió ser grande porque la mujer se le tiró a los pies, agradeciendo, le agarró las manos y comenzó a besárselas.

Alain no pudo resistir más y se puso de pie para volver a preguntar en la recepción. "Acaba de entrar hace unos minutos", le contestaron y le pidieron que, por favor, esperara en el patio. Se sentó en una de las mesas de hierro y se dispuso a dejar correr el tiempo: ya sabía de sobra que cuando uno entra a su trabajo tiene primero que organizar muchas cosas antes de poder atender a alguien.

No podía quitarse de la memoria la escena de la vieja y el policía. Se había fijado que durante toda la discusión, el hijo mantuvo la cabeza baja y hasta puede jurar que tenía las orejas coloradas, signo característico de quien siente que la vergüenza lo aplasta. "Los pobres sí conocen la vergüenza", piensa, y se da cuenta de que ya se ha hecho una costumbre en él repetir las mismas frases de su padre. "Sí", se dice en voz baja, "era vergüenza".

No estaba acostumbrado a ese tipo de mierdas. Desde que comenzó a notar los cambios en el país, se alegró de que su universo girara en límites bien distintos a esa marginalidad que comenzó a conocer de cerca cuando lo trasladaron de la

sección de delitos económicos. En los sitios que frecuentaban él, Camila y su madre, en esos pocos fines de semana que solían reunirse para salir, casi seguramente por lo lejos que estaban de toda la vida céntrica de la ciudad, no había visto casi nunca lo que ya era común en otros restaurantes, cafeterías y bares de otras partes de La Habana: niños recogiendo sobras de comidas, pidiendo limosnas mesa por mesa; muchachas ofreciendo noches de placer incluso aunque fuera cubano "si pagas bien, claro"; chulos asediando a los comensales con álbumes de fotos de putas desnudas a buenos precios, vendedores clandestinos de ron y tabaco y "lo mejor de la música cubana, bróder". Un mar de males que lanzaba sus olas putrefactas contra cualquier posible cliente.

De eso quería hablar con Justo Marqués. Camila aseguraba que él se las sabía todas, con pelos y señales, y cuando preguntó en el Centro de Estudios de la Población quien podía ayudarlo a buscar información sobre aquel mundo, varias personas mencionaron su nombre como el investigador que más hondo había llegado, pues la mayoría se quedaba sólo en la epidermis y a éstos sería en vano preguntarles. Sabían algo más que lo que de sobra conocía el ciudadano común, pero no mucho, y por eso sus trabajos casi nunca daban en el clavo del asunto, en la mismísima esencia del problema y su génesis. Con Marqués era otra cosa. Incluso, le aseguraron, el alejamiento de la colaboración del periodista con el Centro se debía a que no había querido compartir con otros investigadores algunas claves que abrían puertas necesarias para entender el fenómeno de la prostitución en la isla. Marqués les había dicho que eso sería traicionar a quienes confiaron en él, pero, y esto pudo deducirlo Alain en dos o tres conversaciones en el lugar, lo cierto era que nadie quiso creer que aquellas fueran las verdaderas razones.

"Ya puede subir", dice la recepcionista y le indica el elevador de principios de siglo, todavía en perfectas condiciones, "es la última oficina a la derecha".